

UN EPISODIO DEL REVANCHISMO PERUANO EN LA HISTORIA: LOS PLANES MILITARES DE LIMA PARA INVADIR ARICA Y ARREBATÁRSELA A CHILE EN LOS AÑOS SETENTAS

-ampliado y actualizado el 11 de abril de 2008-

TRAS UNA LARGA CARRERA ARMAMENTÍSTICA, ESPECIALMENTE AL LLEGAR A LA PRESIDENCIA DEL PERÚ EL DICTADOR JUAN VELASCO ALVARADO, LA NACIÓN NORTINA COMENZÓ A PREPARASE PARA UNO DE SUS MÁS VIEJOS Y PENDIENTES PROYECTOS: INVADIR CHILE Y PROBAR LA RECUPERACIÓN DE ARICA. EL PLAN ESTUVO AL BORDE DE CUMPLIRSE HACIA 1974 Y PARA ELLO EL PERÚ DESATÓ SU MÁS CRUDA CARRERA ARMAMENTISTA DE TODOS LOS TIEMPOS, AMPARADOS POR EL BOLCHEVISMO SOVIÉTICO Y UNA GRAN AGITACIÓN SOCIAL QUE SE PREPARABA PARA RECIBIR EL CENTENARIO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO, CON ARICA NUEVAMENTE DENTRO DEL PAÍS PERUANO

****

Perú y el verdadero origen del armamentismo histórico en la región



En octubre de 1948, llega al Gobierno del Perú la Junta dirigida por Manuel A. Odría, que acababa de derribar a José Luis Bustamante.

Las cosas no andaban bien desde hacía tiempo, ni para el Perú ni para la sub-región continental. Poco antes de la crisis y del golpe, durante el Gobierno de Prado Ugarteche (1939-1945), el Perú había iniciado el estudio una adquisición de cruceros de guerra a los astilleros de Inglaterra. Odría, ya en el poder, retomó el proyecto y adquirió dos naves de este tipo, con la intención de mostrarlos de modo amenazante ante la vecindad continental. No es difícil suponer que Chile y Ecuador debían ser los principales aludidos con estas exhibiciones.

Sin embargo, la millonaria compra no se ajustó a ningún plan técnico militar, que habitualmente son trazados con cierta austeridad y criterios de eficiencia o coordinación. Por consiguiente, la onerosa adquisición resultó inútil, pues el Perú carecía de los destructores necesarios para la cobertura y protección de este tipo de naves cuando son puestas en operaciones, haciendo imposible disponer de ellas en un eventual conflicto armado, dada la vulnerabilidad en que quedaron.

Esta torpe y casi incomprensible situación se solucionó sólo cuando los Estados Unidos, en calidad de préstamo, pusieron a disposición del

Perú algunos destructores que sirvieron para suplir las carencias de la Marina de Guerra.

Al terminar la dictadura de Odría en 1956, vuelve al poder nuevamente Prado Ugarteche. Rápida y sorpresivamente, sin embargo, el mandatario que había dado el primer paso en el frenesí armamentista del Perú, ofreció a Chile un plan de limitación de gastos militares, que pretendía fomentar por todo el continente. La propuesta sólo es comparable con la de "homologación de gastos militares" ofrecida por el Presidente Alejandro Toledo a La Moneda casi de cincuenta años después, aunque con mucho menos altruismo y buenas intenciones que la idea original de Prado Ugarteche.

La Moneda aceptó la invitación del Palacio de Pizarro y hasta propuso fórmulas para llevarla adelante. Sin embargo, en el Perú se desató casi instantáneamente un verdadero huracán propagandístico contra el plan, acusando al mandatario de promover "el desarme" y de tomar "actitudes derrotistas", tildándolo de traidor, en un violento espectáculo de propaganda antichilena peruana que, finalmente, hizo fracasar el proyecto de pacificación regional.

El Gobierno de Prado Ugarteche terminó en 1962 sin haber logrado la limitación de gastos. Aunque las elecciones presidenciales no habían arrojado ningún ganador con mayoría absoluta, el Presidente no quiso anularlas, acabando derrocado por los militares. El nuevo Gobierno quedó constituido por Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lindley, iniciándose así un nuevo período de exigencias estruendosas y proclamas estridentes de parte del revanchismo peruano contra Chile, exigiendo de regreso el monitor "Huáscar" a la armada de ese país y la reivindicación de las llamadas "ciudades cautivas", refiriéndose a Arica e Iquique. Período que se extendería por varios años más, hasta la década siguiente.

En 1963, correspondió asumir la presidencia a Fernando Belaúnde Terry, que inicia con celeridad otra agresiva campaña armamentística, extendiéndose por todo su mandato.

Un hecho curioso, que vuelve a poner en evidencia la falta de mesura y de lógica técnica en los gastos militares peruanos de la época, es que las adquisiciones solicitadas por Belaúnde Terry resultaban absolutamente innecesarias, pues informes presentados por el Senado de los Estados Unidos demostraban que, para en 1965, Perú ya era la principal potencia militar del grupo continental del Pacífico, muy por encima de Chile, Bolivia, Ecuador y Colombia.

Al respecto, en su obra "Nueva Mentalidad Militar del Perú", del militar peruano Víctor Villanueva (Buenos Aires, 1969), escribe:

> *"...los sectores de la burguesía en el poder aprueban, sin discutir, los presupuestos militares por abultados que sean, por mucho que pesen en el ingreso nacional. Es la actitud más obsecuentemente servil de la clase dominante. Lo hace quizás con resignado temor en su fuero interno, pero se preocupa mucho en exhibir estridente patriotismo y se afana grandemente en que se escuchen sus discursos con loas a las fuerzas armadas que "tanto se sacrifican en defensa de la Patria" y a quienes tan mal se les paga".*

Veremos también que los miembros del partido APRA, de supuesta inspiración bolivariana y americanista, se encontraban entre los más entusiastas instigadores del armamentismo peruano.

GASTOS MILITARES EN EL "GRUPO DEL PACIFICO", EN 1965
Fuente: "The Latin American Military", boletín del Subcomité de Repúblicas Americanas del Senador de los Estados Unidos (1967)

País	Equiv. Dólares (1967)	Porcent. del PNB
Perú	*114.000.000*	*3,1%*
Chile	*104.000.000*	*2,5%*
Colombia	*69.000.000*	*1,3%*
Ecuador	*23.000.000*	*2,0%*
Bolivia	*16.000.000*	*2,0%*

Chile era la única "necesidad" del Perú de comprar armamentos 

En 1967, Belaúnde Terry presentó un proyecto de Ley para financiar 800 millones de soles de gasto militar. El dinero pretendía obtenerlo con alzas de impuestos.

Los apristas, es decir, los miembros de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), dirigidos por Ramiro Prialé, se opusieron al alza tributaria pero no al financiamiento militar. De hecho, en el mes de mayo de aquel año, propusieron que se tomara un empréstito de 3.200 millones de soles (73 millones de dólares de la época), que sería cubierto con el 15% de los impuestos hasta el año 1970. Increíblemente, Perú se encontraba entonces en una grave crisis fiscal arrastrada desde hacía varios años, al punto de estar solicitando ayuda a los Estados Unidos para superar los problemas de financiamiento y abastecimiento, producto de la devaluación monetaria.

Pero la crisis no fue óbice para persuadir a las autoridades peruanas de moderar los excesivos gastos en material de guerra. Cuando se discutía en el Congreso el presupuesto para 1968, se recortaron dineros para todas las áreas sociales, menos en el sector militar: a Educación se le retiraron 355 millones de soles, a Obras Públicas 175 millones y a Agricultura 32 millones. En cambio, a las Fuerzas Armadas se les aumentó el presupuesto en 172 millones. Este sector recibía ya 196 millones (18,9% del presupuesto), según denunciaba el "Washington Post" del 20 de junio de 1967.

Coincidió que, en junio de 1967, se produciría la Guerra de los Seis Días en Medio Oriente, experiencia en la que Israel demostró la eficacia de los aviones *Mirage* en los escenarios de combate. Eufórica con las noticias, la Fuerza Aérea del Perú inició una campaña para aumentar el material militar aeronáutico adquiriendo esta clase de naves. Sin incluir transporte ni accesorios, cada avión *Mirage* costaba cerca de 1.200.000 de dólares. Si recordamos que el Perú ya contaba entonces con unos 250 aviones de guerra, las compras se explican nuevamente sólo en el capricho de hacer exhibiciones de fuerza militar ente países como Chile y Ecuador, a quienes ya superaba en número de aviones.

Una agencia noticiosa francesa informó sorpresivamente por entonces, que el Perú estaba realizando gestiones para adquirir aviones, denuncia que su dirigencia militar y diplomática negó rotundamente e intentó apagar acusando infundadamente a Chile de estar realizando una carrera armamentística por 500 millones de dólares en armas a países como la Unión Soviética, lo que motivó una inmediata reacción de la Embajada de Santiago en Lima, definiéndola como *"sencillamente risible"* y agregando en nota oficial:

> *"Hasta una mente primaria comprendería que un país que está en vías de desarrollo y que tiene necesidad de realizar innumerables obras reproductivas a lo largo de su territorio, no incurriría en la necesidad de hipotecar su futuro en aventuras tan pintorescas como las que se le atribuye en letras de molde".*

Zafado ya de mantener las apariencias, Perú adquirió, finalmente, 16 aviones *Mirages*. El Departamento de Estado de la Casa Blanca, al enterarse de esta compra amenazó con cortar las ayudas militares que extendía al Perú y logró postergar otra nueva compra de aviones, esta vez tipo *Canberra* británicos que habían sido pagados con financiamiento estadounidense a la *British Aircraft Corporation*. Rápidamente, Lima debió replantear el proyecto para adquirir seis *Canberra* financiados enteramente con dineros peruanos, que ascendieron a 2 millones de libras esterlinas, equivalentes a 4,8 millones de dólares de dólares de la época.

Para justificar estos millonarios desembolsos ante la opinión pública del Perú, dirigentes del APRA difundieron calumnias tales como que sus Fuerzas Armadas estaban muy mal abastecidas por culpa del Gobierno de Belaúnde Terry, a quien acusaron de tener vinculaciones oscuras con la Democracia Cristiana de Chile (Diario "La Prensa" del Perú, 9 de octubre de 1967).

Los gastos en adquisición de aviones en 1967, así, sumaron un total de 1.104 millones de soles peruanos. Suficiente para construir 20 hospitales rurales completamente equipados o 10.000 viviendas básicas.

FUERZAS MILITARES EN EL "GRUPO DEL PACIFICO", EN 1965

Fuente: "The Latin American Military", boletín del Subcomité de Repúblicas Americanas del Senador de los Estados Unidos (1967)

País	Aviones	Navíos	Hombres
Perú	*250*	*41*	*54.700*
Chile	*221*	*46*	*60.000*
Colombia	*150*	*36*	*48.500*
Ecuador	*110*	*18*	*20.000*
Bolivia	*70*	*0*	*15.000*

Velasco Alvarado y los cien años después de la Guerra del Pacífico



En 1968 es derrocado Belaúnde Terry y llega al poder del Perú un nuevo militar, como tantos que han pateado las puertas del Palacio de Pizarro en la historia del país incásico. Estaba escrito, sin embargo, que este General iba a cambiar radicalmente la historia no sólo del Perú, sino de alguna manera, la de todo el continente.

Se trataba del General Juan Velasco Alvarado, un rígido hombre de armas de origen humilde, forjado por un pasado duro, cuyo carácter sólido y avasallador lo llevó rápidamente a perfilarse como líder formal y natural de los uniformados peruanos, pero con enorme simpatía entre ciertos sectores nacionalistas de la vida política civil. Esto explica que no haya trepidado en derribar por la fuerza al Gobierno e imponer con todo su peso una fuerte dictadura caudillista, aquel día de octubre de 1968.

Para comprender lo que ocurría entonces en el ambiente político y militar limeño, debe recordarse que Perú experimentaba los rigores de una curiosa simbiosis entre los dogmas de las corrientes marxistas tradicionales cruzadas con un militarismo de fuerte acento nacionalista, inspirados en parte por el fenómeno iniciado con Fidel Castro y la Sierra Maestra en Cuba, al lograr comprometer las fuerzas militares con la causa revolucionaria y pro-soviética. De ahí que uno de los primeros logros del General peruano haya sido, precisamente, un tratado comercial entre Perú y la Unión Soviética, firmado el 17 de febrero de 1969, a pesar de su fingida distancia con el bolchevismo.

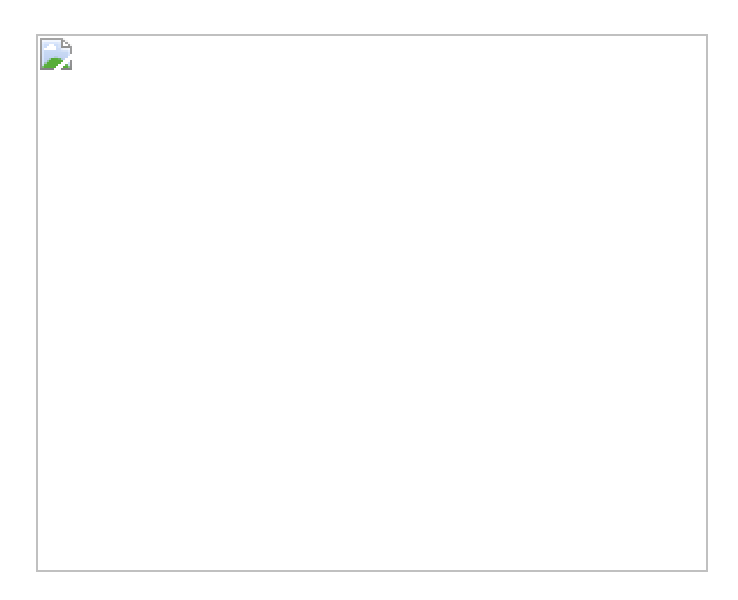
Este movimiento de hibridismo político habíase iniciado por el año 1950, con la fundación de la escuela del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), en cuyo seno se arraigó la semilla del socialismo militarista y del revanchismo antichileno que tan buen abanderado habían encontrado en Velasco Alvarado. El nuevo pensamiento tenía gran arraigo en amplios sectores militares del Perú, de los que Velasco Alvarado era su cabecilla, siendo apodado entre los suyos como *"Juan Sin Miedo"* por su controvertida y a veces temida personalidad, fama que no todos creían sin embargo, ya que algunos consideraban más bien parte de la leyenda forjada en torno al General.

Cabe indicar que este tipo de confraternidades y escuelas militares, de innegables intereses expansionistas o hegemónicos, fueron comunes en aquellos años de la post Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría. El caso más conocido quizás sea el del Grupo de Oficiales Unidos (GOU) del General Juan Domingo Perón que, *so pretexto* de mantener las relaciones con los países del Eje durante la Segunda Guerra y declarando una dudosa *adhesión incondicional* a las causas del fascismo europeo, planificaron intervenciones en Bolivia, Perú y Uruguay, y un abierto intento de invasión a Chile, en 1944, que estuvo a sólo 20 días de concretarse. Este movimiento quedaría enraizado entre los antecedentes más arcaicos del justicialismo platense.

En el caso del movimiento militarista peruano, había un aditivo nostálgico que recordaba los tiempos en que Perú era Virreinato, y antes de ello, Imperio Inca, sombras melancólicas del esplendor bajo las cuales ha crecido la sociedad peruana en varias etapas de su vida independiente, como se ve desde el experimento del Protector Andrés de Santa Cruz, durante la guerra de 1836-1839 contra los confederados perú-bolivianos. La restitución de territorio del viejo Perú era, por lo tanto, el objetivo mental y la inspiración de muchos militares ligados al CAEM.

Quiso el destino que este movimiento, sin embargo, se encontrara de la mano de otra fuerte corriente social que bien pudo estar asociada a las causas del incontenible nacionalismo experimentado por los uniformados desde la izquierda política: el reivindicacionismo peruano, reflotado con fuerza hacia el año 1970, con expectativas de celebrar los cien años de la Guerra del Pacífico con el "Perú íntegro", es decir, recuperando la región al norte de Tarapacá, "usurpada" por Chile durante el conflicto. Aunque parezca increíble, parece ser que algunos exiliados chilenos radicados en Bolivia y Perú durante aquellos años, solidarizaron no sólo con el marxismo del gobierno velasquista, sino directamente con sus afanes revanchistas y sus pretensiones sobre Arica.

De nada valía ya recordar las oscuras intenciones por las que Perú se involucró en esa guerra que le era ajena, ni cómo Tarapacá era un mínimo del territorio ocupado por Chile que podría haber sido desprendido del Perú, ni cómo Chile devolvió Tacna en 1929, etc. Lo único que a Perú y a Velasco Alvarado importaba en ese momento era que la hora de la revancha se acercaba... Y no podía hacerlo en mejor tiempo.



Cuadro comparativo de material militar chileno y peruano, entre 1974 y 1975. Fuente: "Military Balance", publicado en revista "Que Pasa"

Se desata frenesí armamentista del General Velasco Alvarado 

Con un gobierno decidido a imponer los ajustes que consideraba necesarios para el futuro nacional, el Perú quedó sujeto a una serie de inusitados cambios que modificaron dramáticamente su economía y su agricultura, incluyendo una de las reformas y reestructuraciones agrarias más radicales de las que se tenga registro en la historia humana. El General proclamaba su inspiración revolucionaria para conducir esta clase de ajustes, en el alzamiento del líder indígena Tupac Amaru en el siglo XVIII.

A nivel diplomático, el acercamiento del Perú a la Unión Soviética comenzó a tejerse a la par de la expulsión de las delegaciones norteamericanas en Lima, a pesar de que el General Velasco Alvarado había insistido innumerables veces en su distancia con respecto a las potencias de la Guerra Fría ("La Revolución Peruana", General Juan Velasco Alvarado, 1973) al igual que lo han hecho en su momento

varios líderes del marxismo internacional, como Fidel Castro y Nicolae Scaucescu.

Pero el rasgo más característico y decisivo de la administración de Velasco Alvarado fue, sin duda, el armamentismo descontrolado, como pocas veces se haya visto en un país del Tercer Mundo. Aunque el Gobierno peruano declaraba por entonces que estos gastos llegaban "sólo" a los mil millones de dólares, cálculos internacionales más realistas acercaban esta cifra a los 4 mil millones.

Tras el golpe militar de 1968, Perú había iniciado de inmediato gestiones en Europa para adquirir más aviones de combate de última tecnología. Era una medida inédita hasta entonces; inesperada, por lo demás, en un país sudamericano. Según el *"Journal of Defence and Diplomacy"*, ya contaba ese año con más de 50.000 hombres permanentes en sus cuarteles.

Es preciso recordar que, mientras el Perú mantenía este verdadero frenesí armamentístico, las fuerzas armadas de Chile llevaban casi 40 años afectadas por la falta de abastecimiento y por la crisis financiera que afectaba los salarios de sus miembros, grave situación que motivó el alzamiento del General Roberto Viaux y el Regimiento Tacna, en octubre de 1969, además de las prepotencias diplomáticas argentinas mantenidas en relación con la cuestión del Beagle.

Desde 1970, el Perú lideraría así a toda América Latina como comprador de armas, tanto a consecuencia de todo el proceso armamentista que hemos descrito, como también de la decisiva hora en que comenzó a abastecerse directamente de la Unión Soviética, llegando a ser su principal comprador en el mundo, lo que permitió que Moscú otorgara préstamos a largo plazo para su *cliente estrella*, destinados a incrementar más aún los abastecimientos militares: 200 tanques modelo T-54 y T-55, aviones de combate de última generación (llegó a tener 100, siendo la Fuerza Aérea más poderosa de Sudamérica, estatus que aún pretende mantenerse), bombardeos supersónicos y miles de toneladas en municiones, cañones, bombas, lanzacohetes, baterías antiaéreas y todo lo necesario para montar una guerra a gran escala. Según la revista alemana "Stern", las armas que los rusos enviaban al Perú llegaron a superar a las que despachaban para Vietnam.

En tanto, en 1970 había llegado al poder de La Moneda el Doctor Salvador Allende Gossens, representando la coalición del izquierda de la Unidad Popular (UP) que agrupaba a las fuerzas de la izquierda chilena. Esto fue un leve respiro para quienes visualizaban el peligro que Velasco Alvarado y sus hombres, fieles al bolchevismo, pudiesen haber representado de la mano del movimiento revanchista contra Chile. La UP era de la simpatía del militar peruano, especialmente por su actitud antinorteamericana y pro-castrista. Inclusive, se dice que algunos de sus hombres hasta se burlaban de Velasco Alvarado por encontrarlo físicamente parecido al Presidente Allende.

Una vez que el Gobierno de Allende y su Canciller Clodomiro Almeyda comprometieron a la Argentina en la mantención de momentáneas buenas relaciones en 1971, con la firma de un pacto de respeto al fallo arbitral británico para el Canal del Beagle (que, finalmente, resultó ser un vulgar acuerdo de papel, al tener una firma argentina como *prenda de honor* atropellada sin problemas cuando el Plata declaró nulo el fallo

arbitral de 1977), el Perú quedó con más razones para buscar amistad y coincidencias con las autoridades de Chile, al no contar con la estratégica ayuda que siempre otorgará un foco de tensión con Argentina, en cumplimiento de la tendencia histórica del aliancismo vecinal cada vez que hay un conflicto con Chile. Las similitudes entre la filosofía del Gobierno de Velasco Alvarado y el de Allende, además, eran un buen punto sobre el cual colocar los cimientos de esta frágil armonía, aunque fuese momentáneamente... Armonía que no impidió, sin embargo, que Perú continuara su armamentismo y la militarización. El mismo año en que Allende ascendía al poder, la División "Tacna" del Perú se convertía en regimiento blindado y pondría su vista sobre la frontera.

La progresión geométrica de gastos militares del era clara. La del período de 1968 a 1970 -que era desde ya escandalosa-, se vio opacada por la de los dos años inmediatamente siguientes. Así, entre los años 1972 y 1973, el gasto se duplicó con respecto a los anteriores. Si en 1972 se gastaron 388 millones de dólares, en 1973 la cifra iba por los 609 millones.

Un hecho de evidente gravedad es que todo este armamentismo estaba enfocado necesariamente a un conflicto con Chile. Lo sabían tanto los observadores militares nacionales, como los expertos extranjeros. En Alemania, por ejemplo, se advertía en algunos medios de prensa como la citada revista "Stern", que estas compras estaban destinadas a ser ocupadas contra Chile. No había para Perú otro enemigo con tanta importancia, ni interés en revisar fronteras con algún otro vecino, salvo con Ecuador, sobre el cual las pretensiones territoriales del Perú estaban aparentemente satisfechas desde la crisis y el conflicto de 1941. Los desplazamientos de tropas hacia la frontera chilena confirmaban este temor.

Es digno de destacar, no obstante, que si bien el Perú pasaba por otra de sus habituales dictaduras militares, el armamentismo fue de amplio apoyo y aceptación a nivel de círculos políticos enterados del plan revanchista. Algunos de estos personajes se dieron el gusto de reaparecer años después, inclusive, formando parte de los políticos que intentaron presionar a Chile en pleno siglo XXI, para evitar la compra de aviones F-16 con el pretexto de *"no iniciar una escalada armamentística"* en Sudamérica, o argumentando que la compra producía *"un desequilibrio en la región"*... Notable capacidad de desdoblamiento moral, sin duda.

Forbidden

You don't have permission to access this resource.

Additionally, a 403 Forbidden error was encountered while trying to use an ErrorDocument to handle the request.

Ascenso de las compras de armamento en Perú, en comparación con las chilenas.
Fuente: revista "Que Pasa" 1993.

Comienza la tensión en Arica. Alerta máxima a partir de 1973 

Hacia fines de 1971 y principios de 1972, se hacía evidente que la situación interna de Chile no daría para largo rato. La fuerte agitación social, los conflictos entre el Ejecutivo y el Poder Judicial, la división popular reflejada en el mismo Congreso Nacional, el choque de objetivos partidistas dentro de la propia UP y el creciente descontento de los opositores al régimen cada vez más reflejado en las Fuerzas Armadas, hacían prever que el Gobierno de Salvador Allende tenía sus días contados y que, por lo tanto, el *la vía chilena al socialismo* con la que simpatizaban los militares izquierdistas peruanos, esa que se anunciara *"con sabor a empanadas y a vino tinto"*, había iniciado su cuenta regresiva.

Contrariamente al optimismo de algunos círculos pro bolchevistas de Chile, para cualquier observador nacional o extranjero de formación militar profesional, se hacía claro que la ilusión de forzar un conflicto ganarlo por armas de ser necesario o de poder establecer un régimen de corte castrista en Chile, de la manera que algunos integrantes de la UP presionaban especialmente desde el socialismo y las alas más radicales del comunismo, era sólo una quimera revolucionaria. Lamentablemente, las buenas intenciones de Allende no fueron capaces de lidiar con esta tendencia desatada dentro de la propia UP.

Velasco Alvarado comprendió la situación tempranamente. Sin cortar sus gestos de amistad hacia el Gobierno de la UP, habría de iniciar otra etapa más de armamentismo descontrolado, y una atención militar exagerada de toda la zona fronteriza al Norte de Tarapacá, la primera o segunda línea limítrofe más militarizada del continente a raíz de estas medidas. Ya en 1970, uno de sus camaradas de armas, el antes citado militar peruano Víctor Villanueva, había escrito:

> *"Aunque no se manifiesta públicamente, el deseo de desquite existe en las filas del Ejército. Es un sentimiento íntimo, el oficial rumia calladamente su desesperanza, compara constantemente cifras y estadísticas militares del Perú y Chile"*.

En 1973, era claro lo que se venía en Chile. Las amistades con Allende sólo permitieron a Lima mantener el juego de las buenas relaciones mientras se proyecta una invasión (exactamente lo mismo que habían hecho Perón y el GOU entre 1944 y 1945). La suerte del país "mapochino" estaba echada ya por la profunda división y la escalada de violencia política que había comenzado a apoderarse de las calles.

Todo estaba listo, entonces. Sólo debía actuar en el momento propicio. El caos interior del país, llegado el momento decisivo de confrontación de las fuerzas, sería el instante en que el revanchismo peruano podría, al fin, consumar sus anhelos de reivindicación territorial (Revista "Que Pasa", ediciones especiales de 1993).

Sin embargo, un hecho fortuito vino a postergar la peligrosa situación de desventaja y vulnerabilidad en que se encontraba Chile. A partir del

verano de ese mismo año, Velasco Alvarado comenzó a sentir los malestares provocados por un avanzado aneurisma aórtico, cruel y moral enfermedad que infarta el tejido provocando gangrena y consecuentes amputaciones de miembros. En febrero de 1973, *"Juan Sin Miedo"* cayó en estado grave en el hospital y estuvo varios días al borde de la muerte. Sobrevivió, pero la enfermedad se llevó una de sus piernas, provocando un profundo daño psíquico en el General, que le mantuvo retirado de la vida pública hasta mayo.

Negándose a usar silla de ruedas, el dictador sentía su estampa temible menoscabada por el uso de muletas. Según un reportaje de la revista chilena "Que Pasa" del 3 de junio de 1993, en Ica se ordenó levantar un cartel con el siguiente texto:

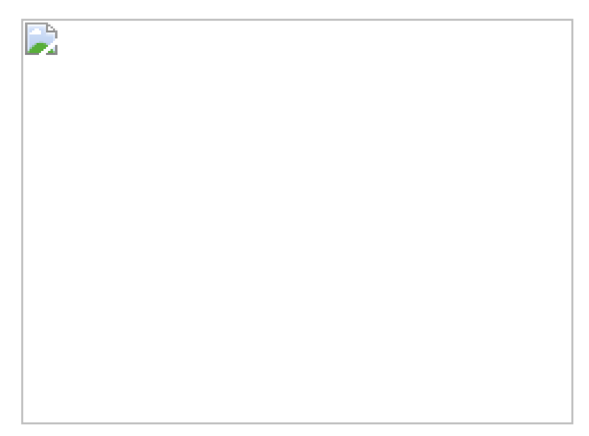
> *"Cuando un valiente gobierna, ¡qué mierda importa una pierna!"*.

Sin embargo, estas muestras de solidaridad no mejoraron el ánimo de Velasco Alvarado. Por el contrario, su pésimo carácter empeoró y las relaciones con su gabinete se minaron hasta la desconfianza. Ya no era el respetado *"Juan Sin Miedo"* de ayer, sino un anciano huraño que, en sietes años de gobierno, jamás tuvo un civil entre sus funcionarios directos. Había comenzado a sembrar la semilla de la aversión entre sus propios círculos.

En otro favor del destino para Chile, fue en esas circunstancias que el Perú observó sorprendido por los sucesos del 11 de septiembre de 1973 en su vecino país. Con el Gobierno de Allende derrocado y una situación de confrontación callejera, el país hubiese ofrecido las condiciones ideales para que los hombres de armas del Perú hubiesen penetrado a Arica, dando cumplimiento a aquel proyecto que ya contaba cuatro años de paciente espera. Las Fuerzas Armadas de Chile lo sabían: mientras ocurría el levantamiento militar aquel día, un gran destacamento había sido colocado en Arica con miras a prevenir la esperable entrada peruana y en alerta... Entrada que no llegó.

Velasco Alvarado, decaído, mutilado y en otra de sus etapas de empeoramiento de la salud, fue incapaz de asumir las ventajas del momento aquel mes de septiembre. Su enfermedad había salvado la paz, a fin de cuentas. La que fuera la mejor oportunidad para el revanchismo peruano, de este modo, fue desperdiciada.

Ahora sólo quedaría esperar por recuperar el instante perdido, y los años siguientes se encaminaron para tal empresa.



El Presidente de Bolivia Hugo Banzer y su colega chileno, General Augusto Pinochet, reunidos en la estación ferroviaria de Charaña, en 1975. Las negociaciones de

entonces, encaminadas a darle salida al mar al país altiplánico, serían hechas fracasar por Perú a partir del año siguiente.

Bolivia entra al baile de la tensión vecinal. El peligroso año de 1974



Con la Junta Militar Pinochet-Merino-Mendoza-Leigh ya instalada en La Moneda, las medidas precautorias chilenas comenzaron de inmediato. Recién cumplido un mes después del derrocamiento de Allende, el propio General Augusto Pinochet ya estaba Arica pasando revista a los cuarteles y preparando en terreno las medidas de defensa ante cualquier eventual penetración peruana de la frontera.

Mientras tanto, Bolivia experimentaba su propio movimiento reivindicacionista a propósito del cercano centenario de la Guerra del Pacífico. Juan José Torres lideraba allá un movimiento de izquierdización militarista muy parecido al peruano, y cronológicamente paralelos, donde el discurso reivindicacionista no estaba ausente. Ayudados de académicos e intelectuales de La Paz, el país altiplánico había desplegado una serie de pergaminos con declaraciones y arengas cada vez más agresivas contra Chile. Cientos de charlas, exposiciones y publicaciones agitaban el alma herida del pueblo boliviano, preparando un clima beligerante. Desde agosto de 1968, por ejemplo, estaba en vigencia una ley que obligaba a incluir en los mapas de Bolivia toda la región de Antofagasta, señalada como el *"territorio usurpado"*, término que fue incorporado al plan de educación escolar boliviano junto con referencias sorprendentemente hostiles hacia el vecino país en los textos de educación. Estas manifestaciones resultaban peligrosísimas, considerando la tendencia de Bolivia y Perú a ser aliados naturales, con intereses recíprocos con respecto a Chile.

Para 1974, ya era sabido en la inteligencia militar chilena que Bolivia estaba siendo tentada a una alianza ofensiva con el Perú, similar a la que habían protagonizado ambas naciones cien años antes, en un pacto que fue fundamental para configurar el escenario aliado de la Guerra del Pacífico. Fue por ello que se propuso una opción interesante para detener el involucramiento boliviano en el asunto, retomando una vieja idea de otorgarles una salida al mar: la del "corredor al Pacífico", bordeando el límite chileno-peruano, al Norte de Arica, en una franja territorial donde Bolivia pudiese tener derechos soberanos.

La idea no era sólo satisfacer a Bolivia, sino que terminar con cualquier intento peruano de avanzar a Arica, al colocar la faja de territorio boliviano cortándoles el paso. Con este objeto, El General Pinochet ofreció directamente al Presidente Hugo Banzer efectuar encuentros destinados a negociar esta vía, durante el cambio de mando del Brasil, en marzo de 1974. La Paz estudió la oferta y la aceptó con gusto. Después de 13 años de relaciones cortadas, era una buena propuesta, realista y viable, por lo que el fantasma de Bolivia participando de la escalada peruana, quedó momentáneamente bloqueado. Las conversaciones quedaron fijadas para el año siguiente.

Pero el Perú no aceptaría estas negociaciones, como veremos. Ofendidos por la disposición boliviana a atender la oferta chilena en lugar de buscar alianza ofensiva con Lima, serían las propias autoridades peruanas las que harían fracasar más tarde estas conversaciones, ayudados de sectores revanchistas bolivianos con gran

acceso a los medios de prensa, que también preferían la vía del conflicto armado.

Por otro lado, resultaría ingenuo pensar que Velasco Alvarado se encontraba solo liderando una ofensiva como la que el Perú le preparaba a Chile aquel año. Detrás de él habían varios militares limeños de gran influencia y peso político, cuyo factor común era el deseo reivindicacionista, además de un declarado y reconocido sentimiento antichileno. Entre los señalados, destacaba especialmente el General Edgardo Mercado Jarrín, Ministro de Guerra, Primer Ministro y asesor predilecto de Velasco Alvarado. Mercado Jarrín también ostentaba la Comandancia en Jefe del Ejército del Perú. Hoy se sabe que este individuo fue el principal instigador del conflicto, y manifestaba un deseo incontrolable de batir en guerra la posesión de Arica, Iquique e incluso Tarapacá, deseoso de enfrentar el centenario de la Guerra del Pacífico con el Perú poseyendo al menos la ciudad de Arica.

Otro uniformado que estaba en la misma línea era el General Fernández Maldonado, alumno devoto de la ideología de Velasco Alvarado, experto en inteligencia y gran amigo personal de Fidel Castro. Era uno de los principales ideólogos de la extraña simbiosis entre marxismo y nacionalismo que había sido cultivada en el CAEM del Perú.

No menos importante fue el General Miguel Ángel de la Flor, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, quien delineó la política de Estado del Perú necesaria para la satisfacción del proceso armamentista desde la propia Cancillería, poniendo la totalidad de la diplomacia peruana casi sometida a los requerimientos de los cuarteles. En gran medida, fue su aporte el que la relación entre la Unión Soviética y el Perú se incrementara todavía más profundamente, a partir del momento en que fue derrocado Allende e instaurado el Gobierno Militar.

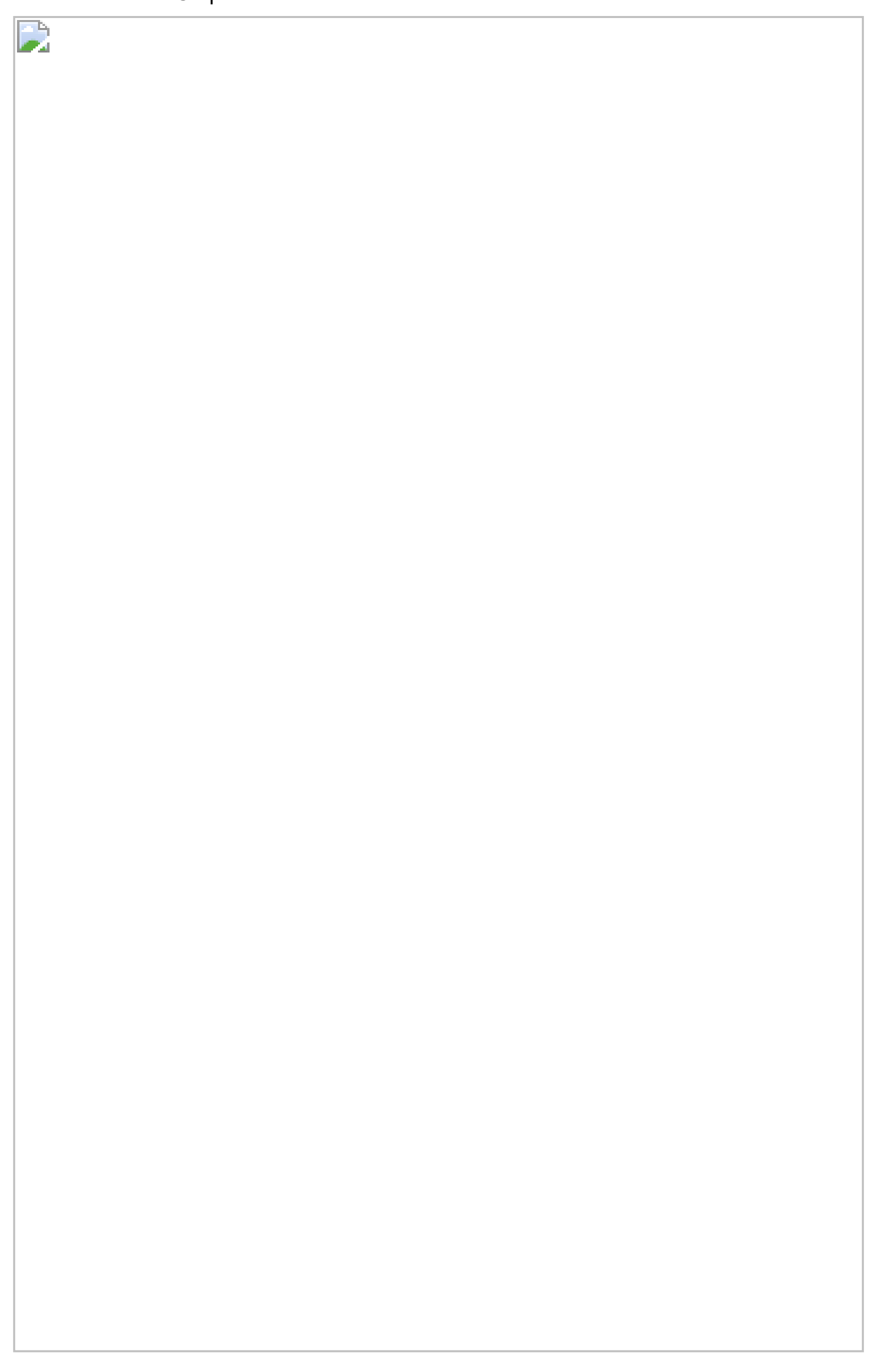
Deseosos de guardar las apariencias y fingir un buen ánimo en las relaciones exteriores, en noviembre se realizaría un protocolar *"Abrazo de la Concordia"* en la frontera chileno-peruana y entre autoridades de ambos países, con presencia fundamentalmente de militares, seguida de algunas visitas cruzadas y ceremoniosas.

Sin embargo, las confirmaciones de la intención peruana seguirían apareciendo desde todos lados. Ya en marzo de 1974, el diario francés "Le Monde" reproducía una entrevista de Velasco Alvarado, donde anunciaba por su propia boca que la guerra era inminente. Poco después, la revista inglesa *"The Economist"* detallaba los movimientos de submarinos y transporte de cohetes rusos para iniciar la batalla. La citada revista alemana "Stern" lo repetiría en diciembre, con un reportaje donde anunciaba que Perú estaba apunto de invadir a Chile y, como hemos dicho, que la cantidad de armas que la Unión Soviética le había proporcionado al Perú sólo era comparable a las que habían enviado pocos años antes a Vietnam. Los diarios brasileños "O Estado" y el "Journal do Brasil" advertían que la guerra se veía encima. Los servicios de inteligencia chilenos evaluaban en un 70% la posibilidad de que el conflicto empezara de un momento a otro.

Por alguna razón, y pese a la superioridad bélica, autores como Rodríguez Elizondo, del que hablaremos más abajo, creen que el General Pinochet no había quedado convencido de la intrepidez y audacia que rodeaba el mito de Velasco Alvarado. Pinochet incluso

habría dudado de la auténtica intención del General Peruano, de arrojarse en una aventura militar sobre Arica, quizás interpretando el *"Abrazo de la Concordia"* como una bajada de puños de parte de Lima. Según Rodríguez Elizondo, el jefe de la Junta Militar de Chile consideraba a Velasco Alvadaro como *"un bravucón, un resentido social y un cobarde"*.





Detalles de la silenciosa emergencia militar en el Norte de Chile 

Las visitas del General Pinochet en Arica se repetirían varias veces durante ese año de 1974 y el siguiente. Pese a sus dudas sobre el valor de Velasco Alvarado, muchos estrategas del Ejército de Chile seguían convencidos de que el enfermo General Velasco Alvarado no terminaría su cada vez más descontado paso por la vida sin concretar las aspiraciones del revanchismo peruano de recuperar Arica, por lo que la Junta Militar ordenó un formidable desplazamiento de todas sus ramas hasta esta ciudad y su puerto durante los meses que continuaron, operación que se extendió hasta mediados del año siguiente. El contingente, de hecho, subió ocho veces en Tarapacá.

Todo esto se hacía, sin embargo, en la más absoluta reserva, lejos de la atención de la opinión pública que ignoraba mayoritariamente el peligro. Reuniones secretas entre el propio General Pinochet y el Secretario norteamericano Henry Kissinger, realizadas por aquel entonces aprovechando la reunión de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Santiago, demuestran la verdadera gravedad de la situación y

la preocupación del Gobierno del Presidente Richard Nixon por no ver comprometidos los intereses norteamericanos en la región ante una escalada bélica. La Casa Blanca, según se ha sabido después, no apoyaba la idea de una incursión bélica de parte de Chile en calidad de acción "preventiva", pero dejaba de manifiesto su convencimiento de que el Perú tenía intenciones absolutamente hostiles para con Chile en aquellos momentos.

Para efectos precautorios, el Almirante Luis de los Ríos asumió la Jefatura del Estado Mayor de la Escuadra chilena ese mismo año de 1974. No menos importante sería la labor del Almirante Ronald McIntyre como Secretario de la Armada, cuya labor fue clave para los intereses de Chile en aquellos días. No es casual que, años después, y siendo Senador de la República, McIntyre continuara mostrando un ferviente y sincero patriotismo, impregnando del mismo su desempeño parlamentario.

Pero lejos de dar la deseada seguridad a la región, los movimientos militares pusieron en evidencia el gravísimo estado del abastecimiento en que se encontraban las Fuerzas Armadas de Chile, producto de la postergación sucesiva de compras de armamento y renovación de material. Mientras Perú había dedicado sus últimos cinco años a armarse hasta los dientes, Chile no había variado su modesto *set* defensivo, generando situaciones que hoy parecen francamente tragicómicas y que desenmascaraban la vulnerabilidad de Arica en esos días. Por ejemplo, una serie de tanques en mal estado debieron ser arrastrados igualmente hasta la línea defensiva, para ser utilizados como cañones estáticos... Y la carencia llevó incluso a producir un proyectil para tanques tallado a torno en madera, usado para que en los entrenamientos no se derrocharan municiones reales.

Una gran movilización de fuerzas había involucrado también a la Armada de Chile. Prácticamente, todas las naves útiles, incluyendo submarinos y anfibios, esperaban en la zona cercana a Iquique la orden de avance. Más de un incidente grave se reporta de aquel entonces, incluso la supuesta destrucción de un submarino peruano. Algunas de estas historias ya están incorporadas a la mitología urbana, aunque su veracidad nunca ha sido oficialmente confirmada.

Otro de los momentos más delicados sobrevino cuando se detectó un formidable movimiento de tropas desde Arequipa hasta Tacna, concentrándose a escasos kilómetros de la frontera. Rápidamente, el Gobierno de Chile ordenó construir obras especiales destinadas a obstaculizar el paso de tanques peruanos. Son los camellones y tetrápodos que aún existen cerca de la frontera, junto a las minas que ahora están siendo retiradas.

Con material de vuelo de primera, más encima disponible en una base aérea tacneña estratégicamente construida para que las naves salieran en vuelo con rumbo casi directo a Arica, la Fuerza Aérea de Chile se mostraba bastante pesimista de la situación, a juzgar por un informe presentado por su jefatura en reunión de Gabinete ante el General Pinochet durante ese año, y en el que se afirmaba que bastarían sólo unos minutos de ataque aéreo peruano para destrozar las precarias líneas de defensa chilenas.

Pero la urgencia pudo más que la crisis económica que arrastraba Chile, obligando a inventar dinero de la nada para poder abastecerse

del armamento necesario. Debió improvisarse un mecanismo de endeudamiento dentro de las propias Fuerzas Armadas para con el Estado, y así contar con dinero fresco. El gasto militar, que era de 3,3% del Producto Geográfico Bruto en 1973, aumentó a un 5,3% en 1974. Funcionarios eran enviados en forma confidencial a Europa, para ponerse en contacto con traficantes de armas y cotizar carísimas ofertas. Como parangón, la proporción de armas adquirida en 1974 por Chile superaba incluso la de 1978, para la crisis del Canal Beagle, ya aún así resultaba extremadamente humilde para la magnitud de la amenaza.

También se ideó un ingenioso plan estratégico en caso de concretarse la invasión peruana a Arica, consistente en dar niveles de contención defensiva en etapas para que, cuando las muy superiores fuerzas peruanas eventualmente entraran a la ciudad con cierto nivel de desgaste, debiesen soportar una embestida de "recuperación" por parte de las fuerzas chilenas replegadas, caso en el cual la guerra podía prolongarse por largo tiempo.

Los autores de Perú y Bolivia comparten juicios y discursos para culpar a Chile del fracaso de las negociaciones iniciadas en Charaña, en 1974, que pretendían darle una salida al mar soberana y definitiva al Altiplano por el norte de la ciudad de Arica. Sin embargo, este documento militar peruano desclasificado y perteneciente al Ministerio de Guerra del Perú, con fecha 14 de abril de 1976, firmado por el General de División Víctor López Mendoza, nos demuestra quién fue el verdadero responsable de sabotear y hacer fracasar las negociaciones chileno-bolivianas hasta entonces conducidas.

Continúa la tensión en 1975. Oportuna crisis y caída de Velasco Alvarado

Pero, en medio de la tensión militar, la salud de Velasco Alvarado comenzó a flaquear gravemente otra vez, obligándole a delegar ya que los médicos lo autorizaron a trabajar sólo dos o tres veces por semana y sólo por algunas cuantas horas, algo inimaginable en las exigencias de una primera magistratura. El destino, en innegable favor de Chile, buscó así la forma de que el clímax de este conflicto que seguía en suspenso desde hacía varios meses, se viera interrumpido por una nueva recaída del dictador peruano.

Para el mes de julio de 1975, la tensión en Tarapacá había alcanzado niveles sofocantes de angustia. Cualquier chispazo, incluso un malentendido, podría haber generado la instantánea explosión que necesitaba el conflicto para iniciarse. Dos detecciones de submarinos enemigos en aguas chilenas estuvieron al borde de desatar la avalancha de pólvora sobre la hoguera. El General Carlos Forestier, de reconocido carácter y decisión, era el encargado de coordinar las fuerzas de refuerzos en caso de ataque, desde la VI División en Iquique. Aquel año, Perú contaba ya con unos 54.000 hombres en armas listos y dispuestos. La población de Tarapacá a penas llegaba a 90.000 personas.

En tanto, cerca de 20.000 minas explosivas fueron colocadas en toda la línea de frontera, y miles de metros cúbicos de suelo fueron removidos con maquinaria pesada para establecer trincheras y puestos de defensa. Se colocaron, además, bloques de cemento para cerrar los posibles pasos de tanques invasores. Miles de filosos arpones de acero fueron sembrados sobre los terrenos aptos para un descenso de paracaidistas enemigos, que se estimaban de unos 1.500 hombres.

Según los cálculos de los estrategas, la ofensiva peruana, a pesar de su fortaleza y superioridad, sólo podría llegar hasta la quebrada de Camarones, pues Iquique siempre ha estado en el segundo lugar de los planes y la apuesta de seguir avanzando hacia Tarapacá sería un verdadero suicidio militar, incluso para el más bien equipado. Se creó para ello un segundo regimiento, el "Granaderos" de Putre, que acompañaría al "Rancagua" en la defensa de Arica bajo la estrategia de contención que hemos descrito.

Sin embargo, las conversaciones con Bolivia que se habían iniciado en febrero, en Charaña, parecían promisorias y todavía daban esperanza de que Perú no podría intervenirlas. Todo indicaba que la paz se lograría entre ambos países y que Perú no contaría con su aliado natural en esta aventura, debiendo aceptar a regañadientes la creación de una faja territorial con salida al mar para el Altiplano pese a las facultades con que contaba en virtud del Tratado de 1929. El gobierno peruano, por lo tanto, comenzó a preparar una forma de sabotear la negociación e impedir a toda costa que se produjera una entrega en territorios que aún consideraba propios. La nueva crisis de salud de Velasco Alvarado coincidió, además, con el inicio de una grave situación económica del Perú, en gran parte debida a los seis años de desbocado armamentismo. Los gastos compulsivos e irresponsables, le pasaban la boleta a las autoridades de Lima haciendo que la economía se fuera al suelo.

Estos problemas internos hicieron que el Perú debiese volver la vista hacia sí mismo. Por muchas que fueran las armas, las operaciones militares generan millones de gastos adicionales y derivativos, que la crisis económica hubiese hecho imposibles. Además, las relaciones de

Velasco Alvarado con muchos representantes de sus Fuerzas Armadas habían empeorado. La invalidez del tacaño dictador había calado profundamente en su conducta y en su ánimo, haciéndolo a ratos insoportable. Un delirio de persecución y desconfianza generalizada hacia sus propios hombres terminaron de apagar las lealtades de la camaradería uniformada. La "Revolución Peruana" comenzaba a extinguirse.

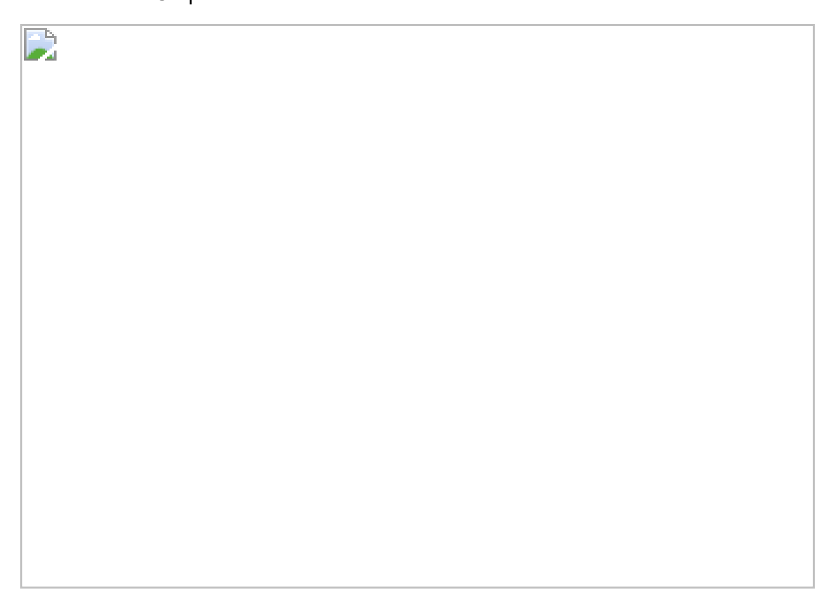
Así las cosas, y conciente de su incapacidad para continuar en el mando, *"Juan Sin Miedo"* anunció la entrega del poder al pasar el mes de agosto de 1975, anticipando que su sucesor sería el General Francisco Morales Bermúdez. Pero Morales no tenía ni la fidelidad ni la paciencia para esperar el traspaso. El día 29 de agosto se alzó en Tacna, en el día de la ciudad, ayudado del General Artemio García. Entre ambos provocaron, al día siguiente, el abandono del poder por parte de Velasco Alvarado. Increíblemente, según la propia confesión de Morales, los dos golpistas decidieron realizar el levantamiento al final de una regada borrachera nocturna con whisky en la casa de García, y luego de haber celebrado todo el día en las fiestas de la ciudad.

Caía así el que fuera para algunos *"el más fuerte de los fuertes"* en la historia peruana. Los planes de revancha habían pasado por una de sus etapas más peligrosas, que culminaba con este derrocamiento. Velasco Alvarado jamás llegó a dar la orden de invasión.

Con el tiempo, se han revelado sorprendentes detalles sobre las razones por la que Velasco Alvarado nunca dio la orden de ataque, ni en 1974 ni en 1975. Una de ellas parece estar relacionada con el espionaje militar que Estados Unidos realizaba sobre el Perú interesado en controlar la influencia soviética en la región. La inteligencia logró detectar una inmensa movilización militar, mayor a todas las anteriores, que se apostó hasta el borde de los breves kilómetros de frontera que separan al país peruano de Chile. Advirtiendo que este desplazamiento era el último paso antes de la guerra, de alguna manera se las arregló Washington para detener la intentona y amedrentar al Perú. Los dos agravamientos de salud de Velasco Alvarado, en momentos claves, también fueron determinantes.

El resto del año de 1975, el calor bélico bajó considerablemente. Los comandantes Odlanier Mena y Jorge Dowling, del regimiento "Rancagua", habían efectuado un notable trabajo diplomático para la distensión en la frontera. Hubo incluso delegaciones militares peruanas que visitaron Arica en aquellos días, con perspectivas de amistad mucho más reales que el anterior *"Abrazo de la Concordia"*.

El virtual mejoramiento de estas relaciones militares dejó al descubierto una situación inquietante: que sólo un grupo de exaltados había sido capaz de conducir al Perú al borde de una guerra, sentimiento que no era compartido por la totalidad de los militares peruanos.



La estrategia del ataque y la respuesta chilena. Fuente: revista "Que Pasa" (10 de julio de 1993)

¿Mantuvo Morales Bermúdez el afán revanchista? Comienza la crisis de Beagle

En su obra "Chile-Perú: el Siglo que Vivimos en Peligro" (Santiago, 2004), el analista internacional chileno José Rodríguez Elizondo presenta una versión en la que propone la imagen de Morales Bermúdez como un General de transición pro-democrática y en cierta forma ajeno a los propósitos revanchistas de Velasco Alvarado, aduciendo que la asonada golpista no habría tenido por intención precipitar un conflicto internacional, sino revertir la gravísima situación económica, interpretación que ha permitido despertar en Perú un curioso entusiasmo revisionista por la figura del general golpista de 1975, además de alentar extrañas revaloraciones históricas de parte de algunos medios limeños, en las que pretende presentarse a Chile y al General Pinochet como los verdaderos agresores en aquella crisis y enganchar estos asuntos con los de la famosa "Operación Cóndor" de aquellos años, como se puede observar en la revista peruana "Caretas" del 3 de junio de 2004.

Poco después de impulsadas estas corrientes de revisión, sin embargo, apareció documentación que comprometería directamente a Morales Bermúdez en la llamada "Operación Cóndor" de presunta represión continental, por lo que la teoría del gobierno *"de transición"*, para muchos, comenzó a naufragar.

Si bien es interesante la propuesta de Rodríguez Elizondo por basarse en la indudable la distancia que había entre la mentalidad de Morales Bermúdez y su antecesor, veremos que la tesis presenta varios problemas e incoherencias con los hechos históricos que, a nuestro juicio, resultan lapidarios para darle crédito total. Se advierte esto, particularmente, en la actitud que tomaría el Perú frente a las negociaciones chileno-bolivianas y en la posibilidad de que el revanchismo de Morales Bermúdez haya tenido que moderarse por necesidad, al verse a la cabeza de un Gobierno virtualmente quebrado, con las arcas fiscales vacías. Además, bien puede haber influido en la opinión de Rodríguez Elizondo su largo exilio en el Perú durante aquellos años, período en el que trabajó como columnista precisamente

en la revista peruana de opinión "Caretas", que muchos identifican como una de las más patriotera y aficionada al amarillismo político entre la intelectualidad de ese país.

En 1976, Perú pidió nota a Chile sobre el desarrollo de las conversaciones con Bolivia para su salida al mar. La decisión de alejar a Bolivia de Chile, estaba en pie aún. Adivinando que la solución del problema cortaría toda posibilidad peruana de recuperación de Arica, Lima presentó una contrapropuesta de negociación al problema boliviano que incluía, entre otras exigencias, un puerto compartido en Arica y grandes entregas al Perú, todo en territorio chileno. Se escudaron en el Tratado de 1929, que impedía a cualquiera de las partes a modificar las fronteras en la zona sin previa consulta del otro.

Hay serias sospechas de que, en el intertanto, Perú también estuvo gestionando la posibilidad de adquirir un portaaviones, idea considerada también por Velasco Alvarado hacia principios de año pero que nunca alcanzó a concretar. Si esto es cierto, nuevamente nos vemos frente a una altanería militar sin sentido de parte del Perú, ya que sus únicos conflictos internacionales son con Chile y Ecuador, vecindad que, en caso de significar un conflicto bélico, no requeriría de un desplazamiento de aviones por mar a la escala y la cobertura que satisfacen los portaaviones. Ya hemos descrito la situación de la base aeroportuaria de Tacna con relación a Arica, por ejemplo.

Pasó el tiempo. La Cancillería chilena consideró inoportunas e inaceptables las exigencias peruanas, mientras que el Gobierno del Perú decidió que tampoco aceptaría la propuesta convenida entre Chile y Bolivia. Ninguno de los dos bandos pretendía ceder, pero, curiosamente, las diplomacias de ambos países evitaron intercambiar demasiado sobre el tema. Los tensos meses transcurrieron con ambos Gobiernos más preocupados de sus problemas internos.

En diciembre de 1977, sin embargo, la muerte toca la puerta del otrora hombre fuerte del Perú, Juan Velasco Alvarado. El duelo nacional fue enorme, y su funeral dejó en claro que el General y sus propósitos tenían aún la simpatía de miles y miles de peruanos.

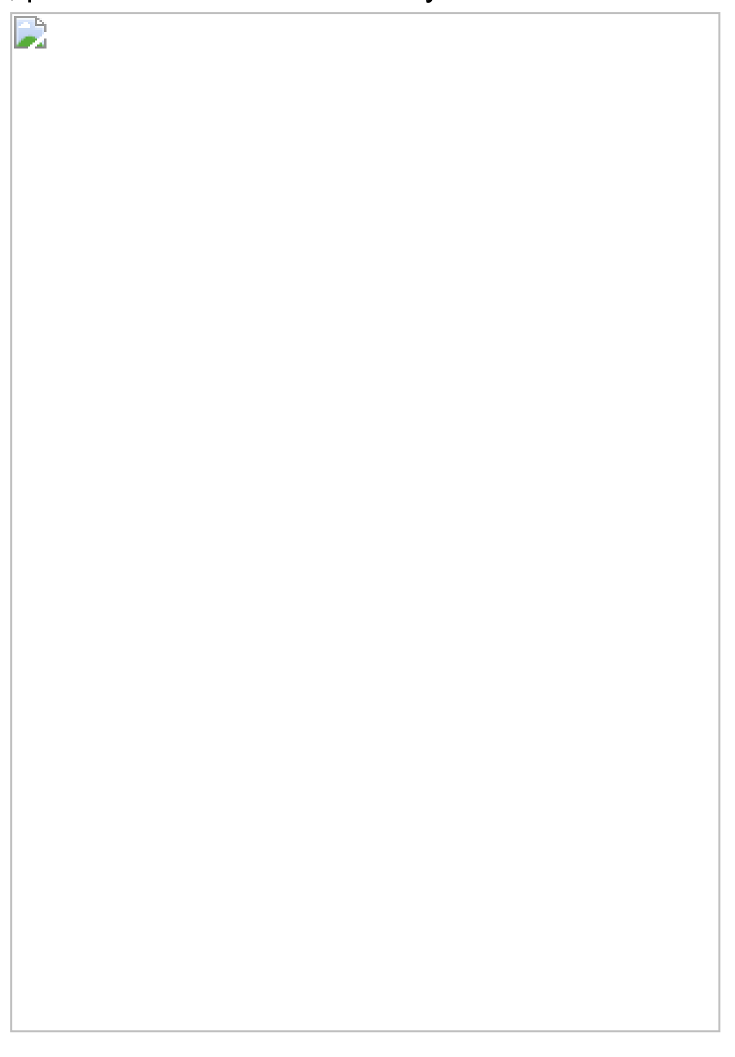
Bolivia, en tanto, reaccionó con inusitada prepotencia ante el desarrollo de las negociaciones, y de un momento a otro, regresó a su viejo y gastado discurso del enclaustramiento, de la mediterraneidad, de las usurpaciones, etc. La explicación hoy parece clara: el año de 1977, la Argentina rechazó el Laudo Arbitral de Su Majestad Británica e iniciaba la más formidable campaña de guerra, con miras a invadir el Canal de Beagle. Bolivia rompía relaciones inesperadamente con Chile, así, en 1978, luego de un oscuro acercamiento entre el gobierno del General Hugo Banzer con el de su par peruano Morales Bermúdez. Paralelamente, la prensa de La Paz efectuó una tremenda campaña antichilena poco antes de la ruptura, especulando sobre los territorios que supuestamente iban a ser canjeados por el corredor al océano, cosa que ni siquiera se había alcanzado a conversar durante las negociaciones.

Perú y Bolivia habían concertado así, el fin de las negociaciones.

Ambos países mantuvieron diálogos aliancistas durante todo el año de 1978. Pese a las desconfianzas de Morales Bermúdez para con el Plata, algunas autoridades peruanas le ofrecieron voluntariamente a Buenos Aires su participación en la guerra que se veía venir entre Chile

y Argentina, y la Casa Rosada quedó al tanto de que, ante una virtual entrada argentina por el sur de Chile, Perú y Bolivia lo harían simultáneamente por el Norte. Se aproximaba el centenario del inicio de la Guerra del Pacífico que, finalmente, se cumplía en todos sus peores pronósticos. La iniciativa la había tomado la Argentina, al invitar a ambos países a un pacto secreto, según lo han revelado después las propias autoridades peruanas.

Sin embargo, este intento de alianza tripartita no se extendía más allá de una mera entrada simultánea más que de un cuadrillazo organizado. A diferencia del tratado de secreto de 1873, en donde los tres vecinos prácticamente se repartieron Chile en sus proyecciones de ocupación, el nuevo intento no resultó en un clima de amistad y colaboración. Por el contrario, primaron las desconfianzas y el recelo.



¿Persisten las pretensiones peruanas sobre Arica? Nunca conviene juzgar un libro por la tapa, salvo en casos como estos... "Una Difícil Vecindad" (Lima, 1997), del peruano Alfonso Benavides Correa, quien desde la misma portada reconoce la existencia de esta "irrenunciable" pretensión reivindicacionista.

Ocaso del belicismo limeño, 1978-1980. Fracasa aliancismo peruano-argentino

En noviembre de 1978, faltando un mes para la fecha de invasión planeada por el Gobierno del General Videla en la Argentina, el Canciller del Perú,José de la Puente recibió una delegación secreta de militares y agentes enviados desde la Embajada de Buenos Aires, dispuestos proponerle un pacto secreto ofensivo en contra de Chile.

De la Puente, que tenía gran amistad con el Canciller Hernán Cubillos de Chile, le enrostró al representante del embajador argentino que ya en 1873 se había realizado similar pacto, y que la Argentina no había cumplido su parte durante la Guerra del Pacífico, abandonándolo después de la destrucción de la Marina de Guerra del Perú y dejando a ambos aliados solos en la lucha. Según sus confesiones posteriores en las mencionadas ediciones de la revista chilena "Qué Pasa" de 1993, De la Puente le espetó a la misión platense:

> *"Mientras nosotros perdimos seis mil hombres y parte del territorio nacional, ustedes aprovecharon el momento para conquistar pacíficamente la Patagonia"*.

De la Puente vino a Santiago, inclusive, a convencer al General Pinochet de que Perú no participaría de una entrada bélica, haciendo notar que su falta de recursos se lo impedía. Sus palabras eran sinceras, probablemente, pero grupos de presión fuertemente relacionados al revanchismo, influían profundamente en algunos sectores del Gobierno y del Ejército peruanos. Morales Bermúdez no estaba convencido de involucrarse en la cuestión austral, pero seguía observando con atención el desarrollo de la crisis del Beagle sin ser claro a través de las actitudes que seguía ofreciendo el Perú en la frontera con Chile.

Pese a todo, bajar la guardia hubiese sido, en tales circunstancias, simplemente un suicidio. Difícilmente Lima no hubiese tomado parte en el conflicto. Por esto, aún con el foco de tensión en el Sur, las autoridades chilenas no descuidaron la situación nortina. Enviaron cientos de vuelos comerciales por las noches llevando toda clase de refuerzos y abastecimientos militares, sabiendo que un eventual ataque argentino sería repetido al Norte de Tarapacá por los vecinos nortinos. Arica quedaba, de este modo, convertida en una gigantesca ciudad-base militar. Ocho años de tensión ininterrumpida habían configurado en ella esta característica.

La situación hubiese sido difícil sino sólo para Chile, para toda Sudamérica acaso. En 1978, Argentina sumaba un contingente de 132.000 hombres; Perú disponía de 89.000 y Bolivia de 22.500. Distribuir los 85.000 hombres con que contaba Chile para tal número de enemigos, parece altamente difícil. Hubo, además, una serie de escándalos de espionaje que involucraron a Chile en el Perú, y algunas decisiones de los países del entorno revelaban que todos estaban tomando posiciones, de alguna manera, ante la proximidad de la crisis.

Graves incidentes diplomáticos mostraron evidencia de que Perú intentaría de todos modos una entrada aprovechando la tensión chileno-argentina. Precisamente en diciembre de 1978, cuando la crisis austral alcanzaba su punto de ebullición, el Comandante chileno Sergio Jarpa Gerhard y dos de sus subalternos fueron detenidos por personal uniformado, acusados de haber tomado fotografías en instalaciones militares de la ciudad de Talara y desde un vehículo consular chileno. Irónicamente, la nave de Jarpa Gerhard en la que habían desembarcado en territorio peruano, se llamaba "Beagle".

No sería la única acusación de espionaje. Ese mismo mes, un suboficial de la Fuerza Aérea del Perú, Julio Vargas Garayar, fue acusado de vender a agentes secretos chilenos documentos con información

confidencial. Por estos cargos, se le realizó un veloz juicio militar y fue ejecutado el 19 de enero de 1979, según recuerda Rodríguez Elizondo.

La intervención papal de fines de ese año logró contener lo que parecía el estallido de la inminente guerra en el Cono Sur. El día 22 ambas flotas de guerra estuvieron apunto de encontrarse en las aguas disputadas, retrasándose por un inesperado cambio de tiempo que produjo malestares e incomodidades entre el personal argentino, que debía estar en plenas capacidades para enfrentar semejante situación. Coincidió que el enviado papal, el Cardenal Samoré, arribó el 26 de diciembre a Buenos Aires, dejando a la Casa Rosada en la posición más incómoda al no poder arriesgarse a aparecer ante la atención internacional rechazando la buena fe del Vaticano.

Sin haberse decidido jamás por un compromiso concreto con Buenos Aires, y viendo milagrosamente aplastada la intentona argentina sobre el extremo sur de Chile, Lima no tuvo más remedio que bajar las manos, nuevamente. En editorial del diario peruano "El Correo" del 2 de abril de 2005, el director del medio, Aldo Mariátegui, declaraba recordando estos hechos:

> *"Si la guerra estallaba, era casi seguro que nuestro país se hubiera visto arrastrado a ella junto a Bolivia, mientras que los chilenos hubieran movido a sus aliados ecuatorianos".*
>
> *"Por ello, la intervención papal evitó una muy probable guerra generalizada en Sudamérica, un horror insano que nos ahorró Juan Pablo II y que debemos agradecerle para siempre".*

De este modo, al posponerse el problema del Beagle con esta oferta de mediación papal, la más calurosa hoguera del revanchismo peruano comenzó a extinguirse a partir de ese año de 1979, aún cuando las tensiones persistían. El ariqueño Alfredo Guerrero Gutiérrez, por ejemplo, relata en el libro "Prisionero del Tawantinsuyo" su sorprendente odisea en el Cusco, tras ser detenido y acusado injustamente de espionaje en medio de la euforia paranoica (justificada o no) que hemos descrito.

Morales Bermúdez abandonó el Gobierno en 1980, siendo sucedido democráticamente por Balaúnde Terry, que promulgó una nueva Constitución Política a los pocos meses. El ánimo confrontacional de altos militares peruanos persistió por algún tiempo más y, al año siguiente, protagonizan un violento incidente fronterizo contra el Ecuador, en el que debió intermediar la OEA para procurar el cese del fuego. Esta situación terminó de alejar la atención peruana sobre Arica, al menos provisoriamente.

Se cerraba, de esta manera, otro de los capítulos más oscuros las relaciones en la vecindad del Pacífico Sur. Cerca de 80.000 minas quedaron sembradas en la frontera chileno-peruana como recuerdo de aquella época... Minas que, posteriormente, el Estado de Chile comenzó a retirar en compromiso de la Convención de Ottawa de 1998, ante la apuesta de las autoridades de Santiago de que lo ocurrido entonces nunca se repetirá...

Una apuesta arriesgada, sin duda.